

Roger van de Velde

Una lección de filosofía y otros cuentos

edicionesps



Roger van de Velde

Una lección de filosofía y otros cuentos



Prólogo y traducción
Fons Lanslots

edicionesps

*Una lección de filosofía y otros cuentos
forman parte del libro Cráneos crepitantes*

Título original:

De knetterende schedels

Grote Marnix Pockets nr 48, 1969

© Herederos de Roger van de Velde

© Prólogo y traducción de Fons Lanslots

Una edición de Julio Hardisson y Pliego Suelto

Diseño de la colección y maquetación: Lola Abenza

© Ediciones Pliego Suelto, 2013

pliegosuelto@gmail.com

www.pliegosuelto.com

Índice

Prólogo.....	4
Una lección de filosofía	5
Trompeta.....	9
Despedirse de Livinus.....	12

Prólogo

Cuando Roger van de Velde (1925-1970) murió en un bar de Amberes estaba a punto de convertirse en uno de los escritores más apreciados de Flandes y de Holanda. Como consecuencia de su adicción al *Palfium*, un anes-tésico que le llevó a falsificar recetas médicas, estuvo en-cerrado en cárceles y en manicomios seis de los últimos ocho años de su vida. Sobre esta experiencia, como inte-lectual sensible en medio de presos y pacientes psiquiátri-cos, escribió entre otras cosas el libro *Cráneos crepitantes* (1969), del que provienen estos cuentos.

*Al principio intrigado, a veces divirtiéndome y más tarde también alarmado, espiaba a mis extraños compañeros con sus cráneos crepitantes, como niño que observa con mudo asombro el jugueteo insolente y la cháchara sin sentido de los babuinos en el zoológico. Más de una vez tuve que reconocer que hay un límite allá donde lo incomprensible se vuelve también impronunciable y las palabras, en su forma seca, pierden su contenido. Por eso, los cuentos más conmovedores no están en este libro. (De la contra-portada de *Cráneos crepitantes*).*

Además de *Cráneos crepitantes* publicó otros libros de cuentos entre los que se encuentra su debut *Carne de horca* (1966), *El dormitorio* (1967) y el panfleto *Derecho a réplica* (1969). De manera póstuma, vio la luz su úni-ca novela *Tabula rasa* (1970) así como los volúmenes de relatos *Queso con agujeros* (1970) y *El conquistador del pueblo* (1973). La editorial Manteau publicó sus obras completas en 1980.

Fons Lanslots, Amberes, 2013

Una lección de filosofía



A la sombra de un saúco del jardín, hablé con Casimir sobre la felicidad.

Casimir ostentaba el récord absoluto de estancia en el asilo: treinta y dos años. Era de origen búlgaro y su delito era tan desconcertante que muy pocos lo conocían y nadie se atrevía a mencionarlo. Con su figura esbelta, el bigote bien cuidado y los ojos azul acero parecía un oficial en retiro, bien conservado. Tenía buenos modales y era tan altivo que resultaba difícil acercársele. Si bien pocos conocían su delito, también pocos contaban con su confianza. Aparte de su estatura marcial y su orgullo cerrado, Casimir disponía de una memoria extraordinaria. Había leído y releído todos los libros de la biblioteca. El *Petit Larousse* se lo sabía casi de memoria y con artículos de revistas viejas formó una colección enciclopédica sobre los asuntos más diversos. Para los aficionados a los crucigramas y a la gimnasia cerebral, que a veces gozaban de su simpatía, era una fuente abundante de conocimientos. ¿La cumbre más alta del Atlas? ¿La distancia entre la tierra y Venus? ¿La evolución secular de la lupina ártica o la constitución química del agua de mar? Casimir lo sabía.

Cuando estaba de humor meditativo, podía ocurrir que me diera una enseñanza filosófica.

Como la tarde de aquel domingo en el jardín.

–La felicidad –así argumentó–, no existe. Es un invento abstracto del ser humano que quiere dar nombre a la sublimación de sus aspiraciones. Dentro de sus límites, el hombre se esfuerza, con un suspiro nostálgico, por un paraíso perdido que nunca existió, así como por la imposibilidad de la perfección y de lo absoluto. Da nombre y figura humana a sus sueños sobrehumanos: Dios, libertad, inocencia, amor, espacio, eternidad. Este deseo es absurdo y en ese absurdo el hombre sigue haciendo intentos desesperados y dolorosos para liberarse de sus inevitables deficiencias. Solo cuando el hombre, en una reflexión lógica y serena, se dé cuenta de sus limitaciones naturales y acepte que la perfección absoluta no está hecha para él, de modo que Dios, libertad, inocencia, eternidad, etcétera no existen, la vida, *jenseits vom Guten und Bösen*¹, será soportable. Es el arte del compromiso.

La tesis era clara como el cristal y, por supuesto, tan vieja como el mundo. Tal vez la había leído en algún texto de Kant, Hegel, Schopenhauer o quizá Sartre. O en cualquier novela de Zolá.

–Sin embargo, cada hombre, incluso en las circunstancias más desesperadas, continúa aspirando a la felicidad –dije–. Lo imposible debe ejercer una gran atracción.

–Lo sé –respondió–. Desde luego, el hombre se empeña en satisfacer sus gustos y a la meta final del principio del placer la llamamos “felicidad”.

También eso lo había leído, en los libros de Sigmund Freud, autor favorito de intelectuales psicópatas.

1 Nietzsche, Friedrich. *Más allá del Bien y del Mal*

Me sorprendió conocer esta lúcida tesis de resignación y relatividad de alguien que, como Ícaro, imprudente y sin sentido, se había rebelado contra las limitaciones humanas y llevaba ya treinta y dos años gimiendo sobre sus alas sangrantes. ¿Era esta resignación el fruto maduro de su encierro? ¿O como un papagayo recitaba una lección?

—Si la felicidad no existe, lógicamente hablando, la desgracia tampoco existe —le dije—. Por nuestra región anda un gurú de la India que afirma que por medio de la meditación uno puede eliminar todas las restricciones y los anhelos. También él predica la doctrina de un equilibrio interior basado en el compromiso. Tú, después de todos estos años, ¿has logrado desarrollar el arte del compromiso hasta el punto de que puedas carecer de la libertad sin sentirte infeliz por ello?

Era una pregunta impertinente, casi brutal, que penetraba hasta el núcleo de su intimidad y que desde luego podía herir su orgullo.

Se encogió de hombros. —Ser libre es una cuestión de independencia. No soy más dependiente que los demás. Estoy ligado a los guardias y los guardias están ligados a mí. Estoy atado a cadenas que solo son simbólicas. Ellos están encadenados a su mujer, a los hijos, al trabajo, a la televisión, a las leyes sociales. Me traen comida, me dan medicinas y no me pueden perder de vista ni un minuto. Si doy un paso, el guardia también tiene que dar un paso. Yo escojo la dirección. Claro, una dirección en un espacio determinado, pero *él* tiene que seguirme. De hecho, el guardia es menos libre que yo.

Algo no cuadraba en su razonamiento, pero guardé silencio, no quise violar su última ilusión.

Sobre nuestras cabezas se desprendía el olor del saúco y el canto de un mirlo anunció que iba a llover.

—¿Cómo se llama ese gurú? —me preguntó un poco después.

—Maharashi Mahesh Yogi —le dije.

Casimir escribió el nombre con esmero en su libreta de notas. Se mojó el bigote con la punta de la lengua y contento se frotó las manos.

—Es otro más de los tramposos que tengo que eliminar —me dijo.

—¿Tramposos? —pregunté inocente.

—Son unos bribones sin escrúpulos que roban mis ideas para andar pavoneándose con ellas. Cuando esté libre los mataré, uno tras otro.

Miró huraño a su alrededor y me mostró la libreta donde estaban escritos los nombres de veinte personas ilustres condenadas a muerte. En efecto, Sartre estaba entre ellas.

Trompeta



Nunca había oído a nadie tocar la trompeta como a Honoré. A decir verdad, no era tocar lo que hacía. Era gemir, llorar, lamentarse y casi blasfemar con esa trompeta. Tonos muy prolongados sin acordes, tan terriblemente agudos y desafinados que, a veces, el sonido llegaba hasta la médula de los huesos. Los lamentos de Orfeo después de la pérdida de Eurídice no pudieron haber sonado más tristes.

Aquella trompeta fue idea del doctor Poulard. Hojeando el expediente descubrió que, antes de que lo internaran en el asilo, Honoré tocaba la trompeta y lo consideró un dato interesante. Era de la opinión, bastante difundida entre psiquiatras, de que un talento creativo, manifestado en la juventud y que por una u otra razón se interrumpe, debía ser estimulado de nuevo, con paciencia y en último caso bajo coacción suave, porque de esa manera, al menos según los psiquiatras, uno descarga las tensiones. Quien ha pintado alguna vez debe hacerlo de nuevo, aunque se haya hartado de la pintura. Quien en su tiempo libre de vez en cuando se dedicó a la música, pero poco a poco se dio cuenta de que hacer armarios de cocina le dejaba más dinero, debe ser restituido a la abandonada *Polyhymnia*. Es un milagro que el doctor Poulard nunca me haya estimulado a escribir. Tal vez no supiera que en mi juventud me atreví a hacer poemas de amor.

Después de un tiempo de búsqueda, un guardia encontró en el desván de su casa un instrumento amarillo cobrizo que nadie había tocado en años y que estaba a medio camino entre una corneta y un pistón. Por mayor comodidad lo llamaron “trompeta” y, con insistencia, suplicaron a Honoré que expulsara su ansiedad soplando en ella. De día le asignaban un lugar apartado en el comedor y, con curiosidad, esperaban el resultado del experimento.

El experimento tenía especial interés porque, desde su admisión en el asilo, Honoré se había encerrado en un silencio hermético. A las cuerdas vocales y al oído no les pasaba nada, pero por una razón que solo él sabía, si es que acaso había alguna, rechazaba con firmeza cualquier forma de diálogo. ¿Era este silencio, amenazante e impenetrable, su manera de expresar resistencia? O quizás, detrás de esa frente no ocurría nada que valiera la pena para gastar saliva.

Teniendo en cuenta esta apatía, el doctor Poulard juzgaba ya un signo favorable el hecho de que Honoré estuviera dispuesto a tocar la trompeta, aunque todo ese soplo no tuviera nada que ver con la música y, de momento, después de los primeros ensayos, no se notara en él relajación alguna.

—¡Persevera! —le decía el doctor Poulard—, vamos bien.

Durante una semana Honoré martirizó el instrumento en el comedor. Los tonos graves eran aún soportables, a veces sonaba como si pasara un barco de vapor. Los tonos agudos y estridentes nos hacían estremecer y, además, causaban dolor de cabeza a los guardias. Si bien era cierto que Honoré se liberaba de su ansiedad, la tensión en la inquieta sala se volvía cada vez más explosiva. Hasta los pájaros, asustados e indignados, desaparecieron del jardín.

Al doctor Poulard le parecía raro, y también un tanto decepcionante, que después de una semana no saliera de la trompeta ni un solo sonido civilizado.

—Sin embargo —observó— lo dice bien claro el expediente: “su tío y su cuñada declaran que toca la trompeta”.

Entonces, como un chispazo, el guardia recordó que en algunas regiones de Valonia y más concretamente en el Borinage, de donde era Honoré, suele decirse del tonto: “*qu’ il joue de la trompette*”¹.

El doctor Poulard encontró que era un chiste delicioso y el guardia, bien educado, se rió de manera efusiva con él.

—*Absolument fantastique!* —exclamó el doctor Poulard.

Se dirigió al comedor, donde Honoré seguía tocando la trompeta con empeño en su rincón, y le dio unas palmaditas. De repente le arrebató el instrumento y, con un giro vigoroso, lo tiró a la sala, con la esperanza de que el golpe provocara una reacción.

Tampoco esta vez se cumplieron sus expectativas. Honoré miraba, con muda sorpresa, de sus manos vacías al guardia y del guardia al doctor Poulard, como si fuera un animal enfermo que no puede decir dónde le duele.

¹ “*que toca la trompeta*”

Despedirse de Livinus



Con un margen de más o menos un día, los médicos pronosticaron que a Livinus, de ochenta y tres años, solo le quedaba una semana de vida.

La dirección del asilo envió un telegrama a los familiares, y aquella tarde de octubre, la hija y el yerno aguardaban, con discreción y a manera de despedida, junto a la cama del anciano.

Un adiós siempre va acompañado de un cierto ritual. En este caso, la hija le quitó la cinta de color rosa a la caja de cartón y sacó un pastel con mucho cuidado, como si manejara algo valioso y frágil. Después, con una sonrisa autocomplaciente, deslizó la golosina, puesta sobre un papel de encaje, por encima de la mesilla frente a su padre, que estaba sentado en una estrecha cama de hospital.

El viejo Livinus inclinó un poco su desplumada cabeza de pájaro para examinar el pastel de fiesta con una mirada turbia, aunque crítica. La mano derecha le temblaba como una hoja y los labios murmuraban acerca de la ofrenda. Apartó el pastel con la mano izquierda, huesuda, aunque todavía sana, pero como en el movimiento se le había pegado algo de crema batida al dedo, clavó la mirada amenazante, casi con odio, en su hija.

-Quiero un trago -dijo.

La mujer apretó los labios y frunció el ceño hacia su esposo, que se reía estúpidamente desde el otro lado de la cama. Verse confrontado con aquel problema imprevisto le hacía parecer más inútil. Se le subió y bajó la nuez por un momento sin saber cómo reaccionar.

-No seas tonto y cómete un trozo de pastel -dijo la hija. Sonó a reprimenda, casi a orden. Cambió a duras penas la cara de enfado por una sonrisa y se dispuso a cortar la tarta con el cuchillo.

-Quiero un trago -repitió Livinus. La mano derecha le temblaba aún con más fuerza sobre la sábana y daba la impresión de que prefería morir en el acto que tocar ese pastel.

-Con un vaso de leche la tarta sabe mucho mejor - insistió el yerno con cautela, aunque sin convicción, pues no era tonto. Sin embargo, se esperaba de él que al menos tratara de superar aquel obstáculo. Hizo lo que pudo.

-¡Quiero un trago! -dijo Livinus por tercera vez y en voz tan alta que se oyó en toda la sala. Le salía un poco de baba de entre las muelas cariadas y estaba bastante furioso.

-Me gustan mucho más los tragos que los pasteles -añadió. Argumento simple, pero decisivo.

Era cierto. Siempre había preferido el alcohol a cualquier otra cosa y esa fue la causa de toda su miseria. Años atrás, cuando recurrió a su arma, también había bebido.

-Te lo tiene prohibido el médico -dijo la mujer -. Es nocivo para el corazón y también para los riñones. Tienes que hacerle caso al doctor.

Volvió a mirar fija y casi provocadoramente a su marido.

A juzgar por la expresión furiosa del viejo Livinus, sentía una profunda aversión por el médico y, tal vez, por su corazón y sus riñones, por la hija y el yerno, y por todos

estos líos. Se hundió gimiendo en la almohada y su ira pareció disolverse en una murmurante tristeza.

–Quiero estar muerto –dijo con voz de niño ofendido.

Alrededor de la cama hubo un silencio embarazoso, adecuado para la sombría evocación de un fallecimiento deliberado.

Al yerno se le puso una mirada asustadiza. Dio unos pasos hacia su mujer y, jadeando, le susurró en la oreja:

–¿Y si fuera a comprar una botella pequeña? Hay una licorería en la calle del asilo, ahí se vende una ginebra con un irrisorio porcentaje de alcohol. Un trago tal vez no le haga daño, dentro de una semana de todos modos estará muerto.

El viejo espiaba la conspiración con vivo interés. Le costó trabajo volver a incorporarse, movido por una esperanza que se le avivó de repente.

La mujer se sumió un instante en profundas cavilaciones. Después de un conflicto interior, breve, pero intenso, dijo en el tono apagado de alguien que quiere lavarse las manos:

–Eso no me gusta nada. Tienes que pedirle permiso a la enfermera.

No quería tener sobre su conciencia que el padre muriera antes de tiempo. También suponía que la enfermera era una fortaleza inexpugnable. El yerno reflexionó un rato sobre el asunto y, después, como un salteador de caminos, se arrastró con sus suelas de caucho hacia el cubículo de cristal, donde una enfermera flaca y con gafas llenaba muy atareada toda clase de botellas.

Cuando el hombre enrojecido le dio a conocer su temeraria intención, la enfermera lo miró como si le propusiera algo sumamente inmoral e indignada sacudió la cabeza.

El yerno volvió a regañadientes junto a la cama, como un guerrero maltrecho al cabo de una batalla perdida.

–No está permitido –dijo. Las demás palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Puso las manos sobre la manta, demasiado grandes y tan inútiles como el resto del cuerpo.

–Es lo que pensé –dijo la mujer en un tono llano pero con un leve estremecimiento de triunfo disimulado.

El viejo Livinus se dejó caer en la almohada y cerró los ojos. Permaneció un tiempo inmóvil, como una figura de cera. Solo sus labios seguían musitando unas palabras cortas e incomprensibles. En el fondo ya estaba en el estadio preliminar de la descomposición. Oía a jabón verde y a humus.

–Un trago –dijo en tono quejumbroso sin abrir los ojos–. Un pequeño trago antes de morirme y no está permitido. De veras, ¡ya quisiera estar muerto!

Sin duda hablaba en serio.

Otra vez hubo un silencio agobiante, como si ambos, en efecto, estuvieran ante un lecho de muerte. Ya no quedaba nada por decir, el testarudo anciano se había retirado a la helada sala de espera en donde sobran las palabras.

La hija puso la mano sobre el brazo izquierdo de su padre, el cual no le temblaba.

–Regresaremos cuando estés un poco mejor –dijo.

El yerno bajó la mirada hacia sus zapatos brillantes. Sabía que se trataba de una despedida definitiva.

Con dedos hábiles y rápidos la mujer puso la manta en orden y observó vacilante el pastel. ¿Llevarlo o dejarlo? Se encogió de hombros y caminó hacia la puerta de la sala, donde un empleado la esperaba con papeles administrativos. El yerno la seguía sin hacer ruido, como un sonámbulo. Al avanzar no se atrevió a mirar las otras camas, donde yacían solo hombres viejos.

Cuando desaparecieron de la vista, Livinus tomó el pastel de la mesa, lo examinó de cerca y escupió entre dos cerezas en medio de la tarta. Tocó rabiosamente la campanilla para que le trajeran el orinal.

edicionesps